

Editorial

Edith Yesenia Peña Sánchez
y Joan Vendrell Ferré

¿En qué momento nos encontramos en lo referente a eso que se ha venido denominando la "sexualidad humana"? Sabemos que el tema es complejo y que en su abordaje se cruzan perspectivas muy diversas: lo biológico, lo cultural, lo médico, lo histórico, lo político, los derechos y deberes, el género, la sociedad, y todavía un largo etcétera. Autores influyentes como Michel Foucault y Thomas Laqueur, entre otros, nos han enseñado que la concepción que tenemos hoy de lo sexual, nuestra idea de la sexualidad misma, forma parte del orden de la modernidad y no puede ser disociada de la tecnología de los cuerpos ni de la gestión de las poblaciones. Gracias, asimismo, a la labor de diversos movimientos políticos y sociales, el feminista, el gay, el trans o el *queer*, lo sexual se encuentra hoy incluido en la agenda política de la práctica totalidad de las fuerzas políticas, aunque lo que se propone o se discute al respecto sea tan variado, y pueda suponer tantos avances o retrocesos, como lo son y lo suponen dichas fuerzas en sí mismas.

El antropólogo interesado en el análisis de la sexualidad conoce, o debería conocer, todo esto, el panorama histórico y actual en el que emerge y vive su objeto de estudio. Sin embargo, el antropólogo dispone de un bagaje cuya existencia suele ser poco tenida en cuenta, menospreciada u olvidada sin más: la riqueza de datos sobre concepciones y prácticas corporales, "sexuales" o de género procedentes del vasto *corpus* etnográfico y etnohistórico disponible de una gran variedad de sociedades y culturas humanas. Atendiendo adecuadamente a estos materiales, la cuestión se nos complica, hasta el punto de que lo sucedido desde el siglo XVIII en esta cultura que llamamos Occidental o Moderna se convierte en un caso más dentro de un panorama humano mucho más amplio. Nos encontramos entonces con el clásico dilema de la antropología: ¿debemos atenernos primordialmente al estudio de construcciones de sentido y *praxis* de carácter local, intentando comprenderlas en y por sí mismas? ¿O es mejor hacer un esfuerzo para insertar esos datos en una comprensión "científica", con un carácter más general, de algo así como "la sexualidad humana"? Posiblemente la mejor respuesta se encuentre en una combinación de ambas perspectivas.

La publicación que tienen ustedes entre las manos no escapa a su época y a las preocupaciones de la misma, como tampoco lo hace al “mundo sexual” que la ha visto nacer y que se puede incluso decir que le da su sentido y sus objetivos. Somos hijos del dispositivo de sexualidad propio de la modernidad occidental, con sus filias y sus fobias, sus conceptos, sus cortes dentro del vasto mundo de los cuerpos, los deseos o los placeres y, en definitiva, las preocupaciones y problemas que dentro de dicho dispositivo se han ido definiendo. La vocación antropológica no exime, dado que ello no es humanamente posible, de los peajes debidos al contexto, a la época, a sus obsesiones específicas, sus maneras de ver y, junto a todo ello, sus lagunas, vacíos y puntos ciegos. Hay cosas que, simplemente, no vemos, o que nos costaría un esfuerzo enorme ver. Los puntos de fuga de nuestra (pos)modernidad nos lo impiden. Sin embargo, como antropólogos nos corresponde, al menos, ser conscientes y hacer conscientes de ello, en la medida de lo posible, a nuestros lectores.

Como editores de esta *Revista de Estudios de Antropología Sexual*, nos toca dar(nos) cuenta de los sesgos existentes en nuestra selección de artículos. El carácter multidisciplinario de los mismos, por ejemplo, no estamos del todo seguros de si sea un paliativo de lo dicho o, más bien, un sesgo mismo impuesto por las “ciencias del sexo” propias de nuestro dispositivo de sexualidad. En cualquier caso, juzgar sobre la adecuación o no de la orientación dada a la revista es algo que dejamos a los lectores, juicio que esperamos nos hagan llegar también de un modo u otro. Somos asimismo conscientes de las carencias de nuestra publicación. Quizá nos falta una mayor atención a los materiales etnográficos, tanto los de reciente producción como los producidos por la antropología a lo largo de su historia. La etnografía se encuentra presente en éste y en los números anteriores de la revista, pero nos preguntamos si no debería estarlo más. Quizá también sería una buena idea incluir secciones donde se recensionaran los clásicos indispensables para establecer la genealogía de una “antropología sexual” digna de este nombre, o se abordaran de una forma más suelta (sin estar tan sujeta a la forma-artículo) los problemas más acuciantes en el plano teórico y metodológico del campo que se pretende definir aquí. Quizás ello nos permitiría avanzar hacia un paradigma mínimo, más atento a una problemática propiamente antropológica que a las que nos vienen definidas desde campos afines o desde las agendas político-sociales de los respectivos movimientos, colectivos o grupos profesionales interesados en las cuestiones que aquí se abordan. Pero todo ello va a depender de la respuesta de ustedes, de la recepción en general de la revista y de los intereses que, por el medio que sea, ustedes nos manifiesten.

Dicho esto, la *Revista de Estudios de Antropología Sexual* llega a su cuarto número fiel a su misión de poner sobre la mesa un panorama variado de

las preocupaciones y la investigación más recientes sobre cuestiones sexuales y de género desde diversas ciencias humanas y sociales. Presentar el abanico de las temáticas, perspectivas teórico-metodológicas y problemáticas abordadas en los textos que siguen excedería con mucho el espacio aconsejable para este editorial, así que dejaremos que ustedes los descubran por sí mismos. Con seguridad no resultarán decepcionados de leer y reflexionar sobre el cuerpo y sujeto sexuado narrado desde distintos enfoques. Nuestra vocación es la de mejorar número a número y lograr fortalecer los estudios en Antropología Sexual. Para ello contamos con ustedes.